

EL BICENTENARIO DE LA INDEPENDENCIA NACIONAL Y LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA PATRIA

ANTONIO CACUA PRADA

Vicepresidente de la Academia Colombiana de Historia



LA ACADEMIA COLOMBIANA DE HISTORIA

La Academia Colombiana de Historia se creó hace 103 años para adelantar «el estudio cuidadoso de la Historia de Colombia, por todos sus aspectos, y de las diversas ramas de las ciencias históricas». «Para promover el estudio de la historia patria convocó los Congresos Nacionales de Historia y creó el Instituto Universitario de Historia de Colombia con el fin de cumplir su función de investigación y divulgación proyectada en el campo de la docencia y contribuir a que la enseñanza de la historia tuviera la intensidad que le corresponde y se impartiera con un sereno criterio nacionalista, fruto de la formación de profesores especializados». (1)



LOS FUNDADORES

«Nuestros fundadores, al decir del académico Manuel José Forero, amaron el pasado porque bajo el alero apacible oyeron el diálogo de los hombres sin tacha que construyeron la nación y porque delante de sus miradas la tuvieron como testimonio de aquella actividad, anterior a nosotros, entendido no como olimpo de sombras muertas, sino como palenque de imágenes vivas». (2)

EL BICENTENARIO

Hoy todo es tan distinto. Desde hace varios años la Academia por medio de sus directivas ha tratado de interesar al Gobierno Nacional en la integración de una gran comisión preparatoria del Bicentenario del Grito de Independencia y en la presentación al Congreso de la República de un proyecto de ley que sirva de fundamento para la realización de obras que relieven este acontecimiento. Pero nada se ha logrado.

El mismo centenario de fundación de la Academia pasó para los Gobiernos Nacional, Departamental y Distrital, totalmente inadvertido.

En la actualidad los medios de comunicación no prestan atención a las celebraciones patrias, esto porque desconocen la historia de Colombia. No pasa un día sin que demuestren su ignorancia en tema tan primordial.

LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA

Desde el año de 1976 no se volvió a incluir en los programas de estudios escolares la asignatura de Historia de Colombia.

Un ruso y un polaco, Michael Sivenko y N. Estachusky, enviados por la UNESCO en 1976, pasaron dos años incrustados en el Ministerio de Educación y borraron en el «plan curricular», las clases de Historia Patria.

La Academia tan pronto constató este hecho ha reclamado a todos los gobiernos la inclusión de la enseñanza de la Historia Patria en todos los programas de estudio y le ha solicitado al Congreso Nacional haga obligatoria la medida, por medio de una Ley, pero nada se ha conseguido hasta ahora.

Las promociones colombianas que han padecido este desacato, por ignorancia y desconocimiento, han perdido nada menos que la identidad nacional. No saben ni sienten la patria, porque no se les ha enseñado de dónde venimos, cómo se formó la República y qué es Colombia.

Quienes asistimos a estos Congresos fuimos afortunados porque alcanzamos a conocer en los planteles de educación las raíces de nuestra nacionalidad y los maestros y profesores nos sembraron en el alma el cariño a nuestro terruño, el respeto a nuestros mayores y el amor a la patria.

El gran problema de este país es el de su educación. Están formando robots sin alma y sin conciencia. Se necesitan ciudadanos antes que profesionales. Aún está vigente el clamoroso grito del Libertador en el célebre Congreso de Angostura, el lunes 15 de febrero de 1819: «Moral y luces son los polos de una república... Moral y luces son nuestras primeras necesidades». (3)

El erudito pedagogo, académico e historiador venezolano, doctor Armando Rojas Gil, ante una situación similar a la nuestra escribió: «La historia es, ante todo, la memoria que van dejando las generaciones a través del tiempo. Los hechos que se van acumulando en una memoria colectiva configura la historia de las naciones. No puede existir el concepto de nación sin esta memoria del pasado. Cuando los pueblos se empeñan en ponerse de espaldas a su historia, o la ignoran, o lo que es más grave, la eliminan o la tergiversan en los programas de educación, se están dando los pasos que conducirán indefectiblemente a la disolución de una sociedad organizada con conciencia de su continuidad». (4)

EL ALMA NACIONAL

Predicamos contra la dependencia económica, contra la subyugación tecnológica, contra la subordinación política, pero no hacemos nada para librarnos de la esclavitud ideológica, que facilita todas las humillaciones.

Si el país quiere salvarse y progresar tiene que regresar a la enseñanza de la Historia Patria, al ideario de sus próceres, a la conciencia de nuestras tradiciones.

Colombia es la conjunción de la creencia en un Dios, con la tierra regada por la sangre de nuestros libertadores, con la lengua legada

por los conquistadores de Castilla y de Aragón y con el núcleo familiar que ha sido el orgullo de nuestra raza y de nuestros antepasados.

Tenemos que volver a la celebración de las fiestas patrias, tanto en el país como en el exterior; y a difundir mediante ediciones populares la historia de los emblemas de la Patria y la vida de los principales héroes y próceres de nuestra nacionalidad.

«La historia escribió el académico don Raimundo Rivas, es el troquel prodigioso en que se funda el alma de las nacionalidades. Es la indiferencia por nuestra historia el síntoma más significativo del debilitamiento del alma nacional. La historia constituye el factor más esencial de esa «unidad de conciencia» que es considerada como el factor mismo de la nacionalidad. Solo los pueblos que arraigan vigorosamente sus raíces en el pasado son los que pueden evolucionar consciente y serenamente hacia el porvenir». (5)

CONOCE A TU PAÍS Y LO AMARÁS

Si queremos un mejor mañana para nuestros hijos es indispensable intensificar y fomentar ampliamente el estudio y el amor a la Historia de Colombia.

La historia no es solamente el relato verídico de hechos importantes ocurridos en forma aislada. Ellos suceden dentro de un momento y lugar pero necesariamente deben concatenarse con otros para poder analizar su auténtica proyección y deducir sus verídicas consecuencias. La historia no es fantasía, ni crochet de anécdotas familiares. Son los acontecimientos que quedan escritos en los periódicos o reposan en documentos o en archivos, o se toman del dicho vivo de actores y de testigos. La historia es útil «no tanto por lo que leemos del pasado, cuanto por lo que leemos del porvenir»

Con cuanta razón escribió don Marcelino Menéndez y Pelayo: «Pueblo que no sabe su historia es pueblo condenado a irrevocable muerte; puede producir brillantes individualidades aisladas, rasgos de pasión, de ingenio y hasta de genio y serán como relámpagos que acrecentarán más y más la lóbreguez de la noche». (6)

Cómo es de cierta la afirmación de que nadie quiere lo que no conoce. Las agencias de turismo holandes sabiamente grabaron esta frase para sus campañas nacionales: «Conoce a tu país y lo amarás».

INDENFERENTISMO PATRIÓTICO

Da pesar y contrista el ánimo ver que los jóvenes de ahora no sienten el calor de la patria. Están huérfanos del más noble sentimiento que palpita fuertemente en el corazón de los humanos. No circula por sus fibras la emoción de lo colombiano. No tienen apego al terruño, al hogar, ni a las creencias religiosas. Ni siquiera saben hablar, ni escribir su propio idioma. En cambio viven obnubilados con ideas y modas foráneas. De ahí que nuestra juventud sea medio proditorio para la difusión de doctrinas extrañas, y asfixiada con falsos nacionalismos, tome la vanguardia de conquistas utópicas.

Serán los jóvenes culpables de ese desafecto a la tierra en que nacieron, al Dios de sus mayores y a su propia familia?. No.

Ellos no tienen la culpa de ese indiferentismo patriótico. La causa está en los pénsumes y programas oficiales de enseñanza.

Un destacado educador afirmó: «Nadie puede desconocer que la enseñanza secundaria es el fundamento de la auténtica cultura en cualquier medio».

EL INSTITUTO UNIVERSITARIO DE HISTORIA DE COLOMBIA

Numerosos, permanentes, y sostenidos, han sido los esfuerzos de la Academia Colombiana de Historia por rescatar los valores esenciales de nuestra nacionalidad. Para formar investigadores y catedráticos en esta especialidad creó, hace cuarenta y dos años, el Instituto Universitario de Historia de Colombia y organizó un programa de licenciatura. El 24 de junio de 1989 se graduaron los últimos Licenciados en Historia de Colombia. Ahora nadie estudia Historia de Colombia porque el gobierno mediante el Decreto No. 1002 del 24 de abril de 1984, al adoptar el nuevo sistema de «Áreas de Formación», borró de los programas oficiales las únicas 74 horas clase de Historia Patria que recibían nuestros bachilleres.

El Instituto permaneció doce años más abierto al público y ofreció varios diplomados en Relaciones Internacionales, Historia y Periodismo, Historia de Bogotá, Integración Latinoamericana, Guías de Turismo y Turismo Histórico. Ante la ausencia de alumnos y de dinero para adelantar campañas publicitarias, nos vimos obligados a cerrarlo.

Durante toda su existencia no recibió un solo auxilio oficial o particular. Alcanzamos a conseguir dos leyes de la República para su estable funcionamiento y dos ministros delegatarios las objetaron.

La casa que la Academia adquirió para su proyección docente, hoy luce el aviso de: «Se arrienda».

CITAS.

1. Estatutos de la Academia Colombiana de Historia. Edit. Kelly. Bogotá 1985. Pág.5
2. Manuel José Forero. Elogio de los Fundadores. En «Academia Colombiana de Historia. 70 años de su fundación. 1902-1972». Edit. Kelly. Bogotá 1972. Pág.44
3. Simón Bolívar. Obras Completas. Discruso pronunciado por el Libertador ante el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1819, día de su instalación. Tomo III. Librería Piñango. Caracas. Pág. 692
4. Armando Rojas Gil. Ideas Educativas de Simón Bolívar. Monte Ávila Editores. Caracas. Venezuela. 1990
5. Raimundo Rivas. Los Problemas de Colombia. En Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario. Número 285-286. Bogotá. Junio-julio de 1934.
6. Menéndez y Pelayo, Marcelino. De los orígenes del criticismo y del escepticismo. Obras. Completas. Edición 1918. Volumen IX. Págs. 132-133.